1

233703

LA DANZA DE L



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cents.

1

233703

47/1505189

La danza de la popa

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¡Salta, Polito!

—Salta tú: esto está muy lejos.

—No es un trasatlántico del Marqués de Comillas precisamente, pero... su popa es muy confortable.

—Para popa confortable la tuya—saltó Ambrosio el magistrado de Audiencia.

—La mía déjala—replicó Adelfa, una apetitosa bailarina veintiochena que daba el opio, meneando la planturosa grupa.

—Es que parece propiamente que está hablando.

—Hablando!... Ablando, mejor dicho. Cuantas lenguas quieren entablar diálogo con ella. Mi popa es célebre; mi popa «dialoga» con el público cuando en el «Edén» me entrego a los azares de la rumba.

Me dicen que la Chelito!... Ba! Yo soy más joven que la Chelito y cobro menos

R. 322111

que ella; y en cuanto a rumbear, cuando empiezo con aquello de

¡A la ba-la-ba-Conchita
esa esa e la cubanita
los coquitos que yo vendo
etcètera, o «aceitera»,

como dice el avisador de mi teatro, dándome palmaditas en la popa.

—Cuidado, Siles; que no hay que dejar el gobierno sin autoridad.

—Adios, tú!—ingirió, riendo otra de las excursionistas, Magda, por buen nombre, guapota trigueña con 35 abriles en su censo y pocos amigos inscriptos en su descenso.

Elías de Siles, el secretario del gobierno civil llevaba el timón.

Aquello era una expedición de placer que principiaba sin grandes entusiasmos. Los tres calaverones son Polito Cembrano, magistrado sesentón, avispadísimo en materias galantes; don Ruperto del Cacho, delegado de Hacienda; última creación en cráneos desprovistos de pelo, pero con cuatro pelos en guerrilla, casi tanto como años de penas y glorias (unos y otros no pasarían de sus 54 ó 56) y sobre los que el peluquero ¡¡aún!! le sacaba la raya; gran mujeriego; luego la primera autoridad de la provincia (62 cumplidos); don Ambrosio

Milego, perfecto gentlemán, especialista para viudas de buen ver y bailarinas de malos antecedentes, como aquella empecatada Adelfa, que iba en la excursión a las islas Midas.

—Pero ¿están muy lejos las Midas?—preguntó del Cacho.

—Boga, boga, marinero... sino se nos va a hacer de noche antes de llegar.

—¡Qué exagerado! Si son las diez de la mañana.

—¡Y domingo!

—Domingo no viene; mi negro hace falta en casa.

—Si hablo de que estamos en día festivo.

—Para festivo yo, Adelfita.

—¡Flor de las más cordiales!... Y, cómo hueles, recondenada!

—Aquí es donde huelo mejor—indicó entre las dos pomas de sus preciosos pechos.

Ambrosio, el corpulento gobernador, aproximó sus espejuelos a las blancas eminencias.

—Que me vas aplastar un pecho con tus antiparras.

—Antiparras! Tú si que me estás aplastando el alma.

—¡Qué manera! Asi se falta el respecto al jefe!—clamó indignado el secretario

Elías.

Tú, Siles, silencio y al timòn.

—¡Ay! qué popa! Y que bien se va a la popa!... ¿No opinas, bella huespedera de a seis reales con principio?

—*Principia* por no hablar de cosas tristres, delegado.

—*Delego* mi delegación en mis dedos procelosos, para que les comuniquen a tus muslos gratos y sublimes, sus ardores.

—¡Vaya un Cacho!--espetó Polito el magistrado, el menos parlachín de los cuatro Adanes.

-- Como otro cualquiera, querido magistradillo! Cada uno es como Dios le ha hecho.

--Pero a usté--repuso Adelfita--Dios le ha hecho tan zaranplín y tan cariñoso, por lo que me marea con sus dedos fisgones que...

—¡A callar!... Buque a la vista.

—¡Reneptuno!—exclamó Siles, alegre;—si es el general.

—¡Eh! Tíos sinvergüenzas!—oyóse gritaba un vozarrón potente a pocas brazas de distancia.

—Que va a embestirnos! ¡Vira en redondo Siles! ¡Op! op!

—Ya està! Eh, qué tal? Soy o no soy marino de sangre!...

Pocos segundos después orzaba junto al lanchón ocupado por nuestros excursionistas un bote de poco calado en el que venía el insigne don León Retamera... general de brigada de la reserva, pero vencedor en lides amorosas, y en particular si eran camareras de café, modistillas o criadas de servir con buenas «defensas naturales», (por otro nombre, pechos, caderas y muslos).

II

Habiendo salido de la capital a las seis de la mañana, acababan de arribar, a la mayor de las islas Midas.

Pero en que forma y con cuantos apuros! La lancha trainera que les conducía, topó con unos pedruscos a una milla de la isla y a poco una vía de agua, vinò a sembrar el pánico entre los tripulantes. Felizmente no zozobró la lancha gracias a que principiaron a remar vigorosamente Elías de Siles, el denodado secretario del gobierno civil, que bien puede asegurarse, salvó a su ilustre jefe y a todos; con la valiosa cooperación de Magda la hospedera, viuda de un capitán mercante, del que aprendió

algo en achaques marítimos.

El caso fué que a poco de saltar en las primeras rocas que les ofrecían refugio, en la avanzada de la isla en el Mediterráneo, se llenó del todo de agua la trainera y quedó inservible para los excursionistas.

—¡Esto es hecho!... Domingo y náufragos!

—¡Ay! Ay! mi espinazo!

—Jesús! Este muslo! Huy! esta cadera! Estoy derrengada, delegado de mi alma.

—Consuélate!... Más vale derrengados que pasto de los peces, como hubiéramos sido, a no contar con este héroe acuático y especialista en autoridades y hembras de buten.

—Viva Siles!

—Viva el salvador! Y a entrenarse para buscar asilo...

—¡Cómo! No hay hoteles en esta isla.

—Reconcho! Si! Cuente usted con *ascensór* inclusive... Si espera usted a que una ola gigantesca le eche de un bandazo en lo alto de una roca...

— ¡Olé! Olé los gobernadores pintorescos! A ver! Ahí parece que se vé una gruta natural.

—¡Ay mi gruta!—indicaba Adelfa, la que había conservado mejor la serenidad.

—¿A cual te refieres?...

—¡A ésta!--Y conservaba la mano en cierto parage de su persona, oprimiéndose con fuerza los secretos encantos.

--Yo decía la otra; la que se ve a cincuenta pasos.

--¡A tiro de conejo!

—Estará húmeda, acaso repuso, desolado don Ambrosio, recostándose entre los senos de la linda moza.

—¡No, por Dios!... También se ha mojado Vd. de lo mejor, caro don Ambrosio.

—Y bien; ya nos secaremos. Vamos allá. Preparad las estufas.

—Sí, si! ¡estufas!.. Un mechero de alcohol y gracias, que tengo en la maleta.

Entre burlas y veras, a la media hora nuestros náufragos hallábanse instalados, en torno de un buen fuego, hecho de cañizos y desperdicios de madera, en el interior de una gruta natural en la roca viva, de unos diez metros en cuadro, con dos o tres anfractuosidades adyacentes, que podían simular «alcobas» rústicas, para caso de querer tumbarse a la bartola o timarse con Venus, la protectriz de náufragos sicalipticos.

—¡Cómete este muslo!

—Con gusto mi general...

—¡Caray!. Yo que iba tan a gusto en mi lanchita... ¡Que va a decir mi mujer cuan-

do se encuentre tan solitaría en el amplio lecho matrimonial!

—¿Es cálido su asistente.?

—No sé; es de Mora de Rubielos y tiene los ojos saltones.

—Como mis pechos ¡Miralos!—decía Adelfa al aprovechado Elías.

¡Que nos van a ver! Y este Gobernador va a destituirme de mi cargo. Con lo que le gustas al indino ¡Ñám!—Este ¡ñám! era un suave bocado que Elías le tiró en el pezón a la rubia dama.

Esta abriose de piernas. La mano de Elías, la iba secando las anfractuosidades femeninas, hallándose ambos parapetados en la otra anfractuosidad de aquella gruta salvadora.

—¡Cómo me deleitan las grutas húmedas!—opinaba, relamiendose el gobernador ante las ricas carnes, casi al desnudo de la hostelera, con la que formaban picante grupo en otro recodo de la abrupta cueva, gracias a lo fantástico de la llama de la fogata, casi entre tinieblas.

—¿Me darás un destinillo para mi novio, Ambrosin.?

Pero ante todo yo des-a-tino, cuando me veo junto a tí; junto a estos muslazos rubicundos; a estos pechos de Magda, o Magdalena, antes del arrepentimiento.

—Y ¿de estas nalgas, qué?... ¿No crees que danzo con la popa tan bién como esa Adelfa presuntuosa.?

—¡Déjame que me *empápe*! ¡Oh!... Si yo pudiera gobernar en esta isla.

—¡Y este estrecho!... ¿Que me cuentas del estrecho?... y de la gruta ¿que me cuentas de la gruta?...

—Pués recordando a Quevedo he de repetir con el

«Sin más y con esta treta
que a mi humanidad disfruta
me haces grata con tu *gruta*
la vida de mi bra...»

Varios besos, achuchones y otros alicientes amorosos corroboraron lo picaresco de la cuarteta transcrita.

En tanto, el general dialogaba con Purita, preciosa menor, casi impuber que habíase hallado en el fondo de la cueva durmiendo, sin saber dar razón de sí misma

—¿Eres de aquí, nena?

—¡Oh! ¡Oh!... soy soy... ¡je, je, je!...—Y se reía con risa espasmódica.

Una chicuela deliciosa, por mi fé. El general Retamera, hombre de suerte si los hay, hubo de encontrarse; ¡hasta en la isla desierta! con un bocadito tan tierno como aquél, en qué hincar el diente...

El aguerrido jefe sobajeaba a más y me-

jor el cuerpo de la muchachuela... regordeta; con acusados y duros pechitos, con caderas bastante desarrolladas, con curvas ya lujuriantes en los muslos y en las pantorrillas; todo lo fué justipreciando y corroborando el buen tasador de carne tierna.

La chica parecía entrar en calor. No hacía más que repetir «¡dámelo! ¡dámelo!» cada vez que el general le ponía el dedo en el timbre, o la atarazaba con el mango de su sable, en salva sea la parte. Se conocía que aquella palabra se le quedó fija en el cerebro a fuerza de querer algo que no le otorgaban.

—¿Quién sería el iniciador?-pensaba don León.

—¡Dámelo!...--seguía diciendo la impúber.

—¡Déselo ya!...-¡A ver si se calla la nena hombre!...

—Dejarme a mí, que yo... Vereis; como tengo bastante de médico, con un masage, la vuelvo al uso de sus facultades o pierdo la partida...

¡Oh, portento!... A los veinte minutos de masagear, el temprano capullito se abrió por si sólo. Ella se reía... se sentía satisfecha y separaba expontánea, las *alas* del corazón.

El general penetró en el reducto con su fuerza.

Su triunfo sobre la razón, vacilante de la muñeca, y sobre la carne avida de goces especiales, resultó definitivo.

III.

La verdad era que ya habían dado fin con las escasas provisiones que traían en el panier los excursionistas.

—¿No hay más jamón?--demandaba el gobernador.

--¡Yó me zampé el último trozo!... Como no le apetecía, uno que yo me sé, no precisamente de antes, sinó de bailarina.

--Mis jamones ¡Miau! Estan tiernos-repuso Adelfa.

--Es que los tienes apetecibles, cara Adelfita. Deja que pruebe. ¡Ám! Y don Ambrosio hincaba el diente en uno de los ampulosos muslos de la joven. Carne eburnea y blanca; lo que carecía de la salacidad del verdadero jamón, lo suplía la dulcedumbre de sus fibras mollares y gratas a los lábios y a la lengua golosa.

--¡Qué escándalo!-fingía en indignación no experimentada el general, chupando

los lindos pechos de su adolescente incognita, como el que sorbe peras en compota.

—Yo conozco esa criatura. ¿Verdad que eres, tú, húngara, chiquilla?. La nena no parecía comprender, pero en sus ojos parleros, en su semblante morenillo, en sus musculosos labios que se abrían, ávidos de besar algo, sin saber qué, revelabase toda su sangre eslava, ardiente y continua.

Sentada comodamente entre las piernas del general, con el que ya se habia encariñado, iba separando con sus manitas agiles y primorosas, cuantos salientes hallaba. La vaina del sable; las estrellitas de su guerrera; ¡los botones! ¡oh! ¡como se entretenía con los botones del general!.

—¡Chica!... ¡Que é...é...é me vas a arrancar u...u...no!—musitaba el guerrero, no desaprobando del todo, la tarea harto sensual, para hombre como él, de desarrollados instintos y ¡armas, al hombro! a todas horas.

—Esta chiquilla, es hija de una pareja de gitanos, que tuvimos que detener no hace dos meses, acusados de robo.

Y simulaba la acción de robar con los dedos engarabitándolos y desengarabitándolos rápidamente.

Ella, comprendiendo, aprobaba, como lo más natural del mundo.



¡Oh! sí, sí... *páes*... *paesitos* quitar bolsones plata y *denaros* muchos *denaros* de unos viageros en *España*... y ¡sí! ¡sí!...meter en estaribé! por que yó meneaba la popa en la *delegasiona*... ¡si si! ¡popa mía! qequeñi, ¡pero mirar! !oh!.

Volviáse, después de levantarse de un salto, y comenzó a ondular las agilísimas caderas, que adquirian misteriosos, audaces movimientos de lujuriante rotación.

Todos seguían absortos la rara danza.

—¡Esa chica rumbea como yó!.., Pero yo agito mejor mis pechitos!...

—A ella se le menean solos. ¡Mira, qué maravilla!.

—¡Ah! sí vaís a ver.

Así habló, súbito, Elías, quién a poco hubo sacado del fondo de cierta caja una ocarina, que él sabía tocar perfectamente. Con tan menudo instrumento principió una zarabanda extraña que tenía algo de indígena, apicarada y terne como la que más!...

La chiquilla por un lado y Adelfita la danzarina, por no ser menos saltaron al «ruedo» y ¡ris! carratris, tron, tron, tron, trena!... ya te me están taconeando de lo lindo encima de unas maderas sueltas que se hallaron a mano.

Las dos popas de ambas muchachas entablaron a poco un sabroso diálogo.

—¡Protuberante!... Que ¡*te mareo*!--decía la una popa meneándose lascivamente de delante a atrás y de derecha a izquierda.

—!Charrana!... Que no puedes conmigo —replicaba la desarrollada superficie carnosa de Adelfita—«Mira si ondulo, y si ahueco y si entro y salgo y si me entrego»- parecía seguir espresando la magnífica carnación.

El lenguage mudo de las popas de ambas bailadoras, la una expontánea, como gitana castiza de los propios Urales; la mayor en edad, con el arte aprendido, pero supremo y expresivo de los garrotines, rumbas y danzones cubanos que tan a lo vivo sabía desempeñar cuando quería.

La ocarina de Siles hacía primores. Don Polito el magistrado, ya no se acordaba de que sentía debilidad, y se estaba dando un hartazgo de vista, hincando mentalmente los dientes en los «jamones» semovientes de las entusiasmadas hijas de la propia Terpsicore. El gobernador se entretenía magreando entre los muslos de Magda, arriba y abajo, en tanto que la bella nuca de la hospedera constituía el mejor de los emolientes para sus ávidos labios autoritarios y lubrificantes.

—No me dejes así—paisanita—¡que me

consueles!... ¡Anda!

—Pero ¡delante de esos!...

—Déjales. Entretenidos con la danza, no se fijan. ¿Ves? Tapándonos con este trozo de velámen, ya seco, podemos consumar cuantas diabluras nos pasen por las mentes.

En efecto, a los dos minutos, el velamén aquel protector y prosceneta, oscilaba, daba tumbos extraños; debajo de él, Magda, la exhuberante, la lasciva, estaba sacudiéndole las melenas a don Ambrosio que era un gusto; tantas sacudidas atizóle la muy... pícara, que el gobernador, tras la rápida maniobra, tuvo que presentar la dimisión

IV

—¿Me vas a querer, Adelfita?

—En tierra firme, sí. Acá, es inútil. Me faltan los divanes, los *poufs* y las *chauselongues*; amén de una confortable estufa eléctrica.

—Deja eso. Un delegado como yo no carece de nada, cuando quiere.

—Presumiendo... ¿A que eso que estoy tocando carece de tensión por de pronto? Ve usted, don Delegadillo del diablo? A

que Siles...

—¡Toma! Siles tiene para cuando quiere su ocarina.

—¡Eso! Un instrumento siempre templado y apto, y que para sacarle sones...

—No te entusiasmes. Si él posee sones, yo poseo tocatas.

—¡A callar, charlatanes! Y ¡qué! no hay que salir a la caza de perdices o de aves marinas por lo menos? Estamos a lunes y ¡tan frescos!... Esta perspectiva de quedarnos a pasar la vida aquí como personajes de Julio Verne, me seduce nada más que medianejamente.

—Con tres hembras así, ¡quién se acuerda de comer ni beber!—apuntaba satisfecho el general León, sin quitar la vista especialmente del tierno retoño indígena.

—¡Vaya, tú eres León de dichos!... Si lo resultaras de hechos, ya te hubiera dado caza; palabra de delegado de Hacienda.

—Delegado, que desbarras ¡pequeño!—replicó el general—. En fin; porque veo que sois buena gente. Allá va un secreto despampanante.

—¡Habla, hijo de Marte y de una loba!

—¡Desembucha!

—¡Sí, sí!...—pronunciaba guturalmente la gitanilla húngara, saltando como si comprendiera se trataba del dulce yantar.

—Pues bien... No apurarse: he descubierto cierto barril con algunas provisiones, Tráele acá, tú, Elías.

Elías que ya había husmeado algo de «jamancia», no tardó en presentar a los ojos atónitos del senado isleño un barril bastante voluminoso, del que extrajo ocho o diez latas de conservas, atún, habas, pimientos, sardinas, piña de América, un queso de bola sin empezar, tres botellas grandes de vinos exquisitos, en fin, un verdadero banquete.

El gobernador, el delegado, el magistrado y las tres hembras de armas tomar, dieron buena cuenta de parte de las sabrosas provisiones, inesperadamente olvidadas allí en lo más oculto de la isla, por no se sabe qué desaparecidos moradores.

—¿Te ha parecido bien el queso?

—¡Estos quesitos tuyos saben mejor, mi reina!

—Ya veo que no has dejado en paz las sardinas—hija.

—Es que estaban diciendo comedme. ¡Lástima! Solo de cuatro he podido disponer. ¡Pero grandes y la mar de saladas!

—Gracias por la parte que me toca.

—¡No me des más la lata, atún!

¡Cómo! ¡Yo atún!... Guarda más respeto a la autoridad.

—Hablo del atún de la lata, so lipendi. Anda, sóbame una cadera, que estoy más...

—¡Más rellena que un calamar! Recontra y qué redondeces tan dislocantes.

La hungarita habíase bebido entera una botella de Porto, con lo que pilló una razonable tajada; principió a lanzar varias risotadas casi histéricas, y a dar algunas zapatetas al aire, con lo que puso de manifiesto su entrepierna deliciosa y sus quesos de bola posteríores, pues llevaba poca ropa encima, y nada de holandas interiores ni otros engorros; luego comenzó a besuquear al coronel, cuyos botones de la guerrera la habían seducido definitivamente. El hijo de Marte, como buen militar, correspondió a los arrumacos lujuriosos de la nena, que parecía la perla de las bacantes romanas, y fuéronse, de bracero, a terminar su diálogo insinuante y libidinoso, bajo un frondoso abeto que encontraron no lejos de allí.

—¿Y nosotros?—demandaba Adelfa a Elías, el secretario.—¿Nos quedamos sin postre?

—¡Carape! ¿Todavía más? No te has zampado casi una piña enterita?

—¿Piña? Bien sí. Pero ese vinillo especial se me ha subido a la chola y estoy que echo lumbre. ¡Anda, secretarillo, precioso-te! ¡Sácala ya!

—¡Arrea! ¿Qué quieres que saque?

—Pues, la ocarina... Quiero aprender a tocar por mí misma.

—A ver: aplica la boquita con cuidado: así... ¡Eso es!... ¡qué cachonda!

—Pero no suena... o suena falso y desafinado.

—Porqué has de acompañar con los dedos, para las notas ¿ves, así?... ¡Ah! ¡Vaya un nalgatorio!

—¿Te apetece mi popa? Y ¿cuando danzo?

—Mejor que la Chelito... y mejor, muchísimo mejor que la pequeña húngara esa que se nos ha caído del cielo.

—Sí; pero a la que el coronel parece transportarla al *iden* cuando la acaricia y la besa... ¡Já, já, já! ¡Chás, carrachás!...

—Eso; cada beso un disparo de obús. Nada que es un *obuso* lo que está haciendo el coronel con la chiquilla.

—Si, pero ahora la otra... sóbame la otra... Eso es... ¡Cómo sabes dar en el pulso y provocar el gustito super! ¡Ay, qué... qué!...

—Vúelveme a enseñar si embocas bien mi ocarina. A una, a dos...

—Y ¡a cinco!—Saltó en esto una voz (la de Magda, también a medios pelos, a consecuencia de haber empinado el codo más de lo previsto por ella misma.)

—¡Anda la pítima! Los cinco *dátiles* que me has aplicado ¡resalada!

—¡Prohibi... be...bido el piropear a las prógima... gima... gimas... delante de mí!...

—¡Ay!... mi Adelfi... fofa... fita! ¡Qué bien *de-le-tereo* ¿eh? ¡Jí, jí, jí, jí!

—¡No parlotées, que te embrollas y es peor, so deletérea!

Magda venía dando traspiés; alzábase las faldas con impudor llamativo y procáz.

V

—¡Barco a la vista!—voceó, alegre, el Delgado a eso de las cinco de la tarde.

—Y de vapor, por más señas... ¡Esperad! ¡Sí! Eso; creo que ya se habrán percatado de nosotros. ¡Mi camisa puesta a secar en lo alto del mástil que he colocado entre la juntura de esas rocas! ¡Hurra!

Media hora más tarde todos embarcaban a bordo del «Delta» bonito remolcador, que de regreso de una inspección, navegaba ligero, con la proa al puerto de...

***

—¿No has visto jámas marcarse un dan-

zón a una hembra de trapío?...

—¡Sí! ¡si! ¡Trapio! Como si esas señoritas del danzón y este servidor no nos conociéramos todos!... Allá en el café del «Rumbo», junto al malecón ¿no es eso prenda?.

—A sí debe ser... Pero conozco yo a tantos, hijo!

—Y como es que vienen ustedes así sin ropa...

—Por el naufra...

—Por el calor... ¡ya se vé!—(que la metes, Delego). Pero, esas chicas van a obsequiarnos aquí mismo, con sus gracias.

—Y ¡que tengo yo un gamaica que revoluciona los sesos y la sangre!

—¡Viva la jamaica!... Vengan chatos y a beber y a danzar...

Estoy alegre y triste,—decía el Gobernador a Magda.

—Ya sé, ya.—Alegre, por la aventura...

¡Eso!. Y Cristón por la desventura. ¡Ya ves! mi legítima se llama «Ventura» tú calcula, si estaré yo harto de *aventurarme* por sus riscos, sus montes y sus vericuetos carnales,

—¡Así como yo, tan dura no tendrá la popa!.

—Entre tanto, otra vez se había armado la zambra.

En la popa del remolcador, que al embate de las procelosas olas daba regulares cabezadas, movíanes otras popas no menos rápidas y dislocadas, ante las «olas» y los *oles* de entusiasmo, y si aquéllas producían espuma abundante al chocar con la obra muerta del vaporcillo, no eran menores las espumas... expelídas por las bocas.

La zíngara, la monísima niña-mujer, que ya creía haberse apropiado para su uso particular el general, sonreía a todos, complacidísima, loca de alegría ante la perspectiva de los agasajos futuros y de la zalagarda marítima presente.

—Ahora van a danzar las dos nenas. Oído a la ocarina.

—Oído al acordeón—saltó un marinero trayendo consigo un bonito aparato musical tan propio de las diversiones a bordo.

De ahí vino un

«No te bajes, Nego,
«no te suba má,
«que me pone mala
«con tu tangueá.
¡Chungarata! ¡Chún.
«¡gala la chunga
¡chunguita! !chá!.

Letra melosa como todas ellas de una guagira que principiaron a marcarse por un lado la ebúrnea Adelfa y la no menos

picante hungarilla por el otro. Ambas apretaban de firme; una y otra con las manos ya detrás, en la nuca, ya en las caderas, ya entre los muslos que se ensanchaban de gusto.

—¡Zumba! ¡Ale! ¡al alimon!... ¡Guá, ¡guá!—repetían las voces entusiastas.

Entremezclaban sus miembros: los lábios ya en contacto bién rápidos, o bien durmiendose en la suerte, con los fuertes muslos apretándose; todo el cuerpo de arriba a bajo, meneando lindamente los ricos mollares,..

Era una «danza de la popa» sútil, empapada de efluvios lujuriosos, llena de savia terrenal y marítima a un tiempo.

En la popa de un remolcador, de un remolcador tan chico nunca les habia parecido a los felices mortales que la presenciaban aquella DANZA DE LA POPA, tan colosal tan irresistible.

FIN

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles. Trapisondas de mujeres. Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer arena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo. La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera!—El bosquecillo de Venus.—El sexo débil. Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 10 CTS.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.—Riquísima presentación.

CADA TOMITO 20 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires